

Entender lo global desde una explotación de fresas de Vizcaya

Paul Nicholson, vocal de Vía Campesina

De la fresa a la leche y al resto de productos

Quiero empezar diciéndoos que se están haciendo charlas como ésta en todo el mundo. El tema de la alimentación es fundamental, por la crisis que hay en la agricultura, en la agricultura familiar; y también porque el ciudadano percibe la importancia de la alimentación y percibe que hay una crisis en los criterios de la seguridad alimentaria.

La alimentación y la agricultura son un eje principal en todo el proceso de globalización, bien porque hay muchos alimentos pero de mala calidad, o porque hay escasez de alimentos. Es donde el proceso de globalización ha impactado más y también es donde más gente está planteando que otro mundo es posible.

Yo soy agricultor, procedente de la producción de leche. Sin embargo, hace ocho años, dejé la producción láctea y ahora tengo una pequeña explotación en Vizcaya, cerca de Markina. Mi explotación forma parte de una pequeña cooperativa de catorce productores que hacemos mermeladas y sidra.

Lo que voy a hacer es, a través de mi relato, partir de mi propia realidad para explicar cómo está afectando la globalización. Concretamente, voy a hablar de la historia de las fresas.

Sabéis que la fresa es uno de los productos que, a través de la historia, ha estado más ligado al territorio: más ligado a la producción local, al consumo local y a un consumo temporal. No sé si os acordáis, pero, hace diez o quince años, la fresa era un fruto de gran lujo fuera de temporada. Cuando comíamos en Semana Santa la fresa, era la primera que comíamos y era un producto caro. Además, era una fruta cultivada en todas las pequeñas regiones de Europa.

Pues bien, en un período muy corto de tiempo se ha desplazado la producción de fresa a una pequeña comarca del sur de España, Lepe. Por una serie de ventajas comparativas, el 70% del consumo de fresa en Europa se produce allí, destruyendo las explotaciones de otras zonas, como Alemania, y en general, de todos los lugares en los que había una pequeña producción para consumo local de temporada. Y es que ahora no consumimos muchas más fresas que antes. Eso sucede con la mayoría de los alimentos: que no por producir más se produce un aumento del consumo.

Nosotros, por ejemplo, producimos mermelada de fresa, y es muy buena, pero es muy difícil competir, porque las ventajas comparativas que tienen en Lepe son muy importantes: climáticas, de mano de obra - los costos de mano de obra son el 70% de los costes totales de la producción de la fresa-, no tienen tantos controles medioambientales en cuanto a tóxicos, residuos, calidad de agua... Por supuesto, no vamos a analizar aquí ni la calidad de la fresa en sí misma ni la calidad social del empleo que se genera.

Paralelamente, Bélgica ha comenzado a adjudicar ayudas al gas y están consiguiendo producir fresa en invernaderos de cristal, con mano de obra polaca. Estos pequeños campesinos polacos van a trabajar a Bélgica y luego vuelven a sus pequeñas explotaciones en Polonia, donde están empezando a producir fresa gracias a la explotación de mano de obra ucraniana.

Tomando este sector como ejemplo, podemos ver que se produce una precarización enorme del trabajo. El final de este proceso es que la Organización Internacional del Trabajo (OIT) autoriza el trabajo gratuito de los prisioneros para redimir penas. En el mundo los países con más población reclusa son EEUU y China. Pues bien, precisamente en China se está concentrando la producción industrial de fresa.

Este ejemplo muestra cómo, en el proceso de globalización, además de aumentar la precariedad, la producción sufre un proceso de superconcentración en unas pocas regiones, con la consecuente desaparición de las producciones locales, acelerándose también los proce-

sos de translocalización de las producciones. Éstas van de una comarca a otra en procesos de especialización muy rápidos.

Hay cantidad de ejemplos que conocéis: uno, el espárrago navarro, que prácticamente está desapareciendo de Navarra y cuya producción también se está concentrando en China. Otro, lo que hemos visto en nuestras propias producciones los ganaderos y agricultores de la cornisa. Hemos visto como el carácter de la producción de leche o carne se ha transformado de una manera rapidísima, y se ha concentrado muy rápido en pocas regiones y en pocas manos.

Cada producto tiene una historia parecida a la de la fresa, lo cual trae consigo la crisis de la explotación familiar, que es una crisis universal. Y no es un conflicto entre el Norte y el Sur, no es un conflicto entre agricultores de distintos países, es una crisis universal de la agricultura familiar sostenible que se está dando en todo el mundo. En EEUU quedan setecientos mil agricultores y ganaderos, menos del 1% de la población. La crisis de la explotación familiar en EEUU es enorme. Es clarísimo el proceso de concentración de las explotaciones en pocas manos. Y este proceso también lo tenemos en el Tercer Mundo, en Brasil o Suráfrica.

Por tanto, es muy importante entender que no tenemos un conflicto entre EEUU y la Unión Europea, o entre los agricultores magrebíes y los de Andalucía. Es un conflicto de modelos de producción.

Ante este conflicto, los campesinos decimos que la crisis de la explotación familiar conduce a una crisis alimentaria en el mundo. La FAO dice que más de la mitad de la población mundial está desnutrida o malnutrida. Ochocientos millones de personas pasan hambre todos los días y más de la mitad de la población mundial tiene deficiencias alimentarias.

La alimentación es una cuestión básica y el papel de los campesinos y ganaderos es, por tanto, fundamental. Estamos hablando de la crisis de la explotación familiar, que es aquella que generalmente produce para los mercados cercanos; y el 70% de los desnutridos del mundo son habitantes del mundo rural. Es la pérdida de la capacidad productiva a nivel

local, la pérdida de la soberanía alimentaria, la que genera esta situación de crisis alimentaria en el mundo.

Las raíces de la fresa y del resto de productos

Para entender sus raíces, hay que hablar de dos procesos básicos que han facilitado esta crisis. Uno es el proceso de liberalización de la economía alimentaria por los países que dominan el mundo. Quieren que los alimentos sean bienes comerciales y que los recursos productivos también sean bienes comerciales. Esto se hace de diferentes maneras pero vamos a fijarnos sobre todo en el comercio. En los últimos quince años se están eliminando todas las regulaciones fronterizas; se está acabando con la capacidad de protección que tenían los países a la importación de alimentos; se están generalizando procesos de *dumping*, es decir, la venta de alimentos por debajo de los costos de producción; se están desregularizando todos los aspectos laborales, medioambientales, económicos, etc. en la exportación e importación de los alimentos.

En el ejemplo de las fresas, se veía claramente que en el momento en que desregulas las condiciones laborales, provocas presiones para que estas condiciones sean más bajas y se abarate la producción. Pero es verdad que, hoy, todos los alimentos, en todos los mercados, están por debajo de los costes de producción. Nosotros, desde aquí, podemos soportar esta bajada ilícita de los precios porque se nos compensa con ayudas públicas, pero en el resto del mundo no tienen capacidad de proteger su agricultura familiar, no es viable vender por debajo de los costes de producción.

En EEUU y la Unión Europea están los subsidios para la exportación o las ayudas directas, pero además están las ventajas naturales comparativas. Argentina, por condiciones históricas, tiene muy poca población rural y una de las zonas del mundo más adaptadas a la producción. La Pampa tiene enormes extensiones de terreno válidas para la producción cerealística, ganadera, etc., sin necesidad de usar fertilizantes. Compete de una manera desequilibradora en los mercados internacionales: vende leche a Brasil y Chile a un precio por debajo de los costes de producción de las explotaciones del sur de Brasil, que son fundamentales para esta zona del país.

Después de entender las raíces de la crisis que nosotros mismos hemos vivido, defendemos que los precios tienen que tener relación directa con los costes de producción. Entendemos que no existen alimentos globales. Existen alimentos locales, alimentos regionales. Producimos alimentos para que se consuman en nuestras regiones. Nueva Zelanda produce el 1,5% de la producción de leche de todo el mundo pero exporta gran parte de esa leche. Es quien marca el precio mundial. Es otro país con unas condiciones agronómicas muy favorables, sin mundo rural, sin costos sociales... Por ello produce leche de una manera muy eficaz y muy barata. Es imposible que el resto pueda seguir este ritmo.

Como decía, en los mercados mundiales, no sólo se compete gracias a las ventajas comparativas sino también a las ayudas y subsidios. Como sabéis, la UE está exportando leche a la India a mitad de precio de producción. Es imposible que los indios, que son los que más cantidad producen en todo el mundo, puedan competir. En el marco de la OMC, se obliga a todos los países a abrir en un 5% su mercado a todos los productos agroalimentarios. Por ejemplo, España está obligada a importar el 5% del consumo de aceite, carne, o vino, según los acuerdos firmados en Marrakech. Si este 5% está por debajo de los costes de producción, entramos en una dinámica de bajos precios, una de las causas principales de la crisis de la agricultura familiar.

Hay otros procesos muy preocupantes. Uno de ellos es la privatización de los recursos de producción y de los recursos naturales. El proceso de privatización del agua es internacional, no sólo europeo. Y no sólo se privatiza el agua sino también la gestión del agua. Hay empresas del Estado español que están teniendo un papel relevante en este proceso, como por ejemplo el Consorcio de Aguas de Bilbao o el Consorcio de Aguas de Barcelona. Son empresas públicas, que están interviniendo en el mercado internacional, gestionando agua en Bolivia, Uruguay, Paraguay...

También avanza el proceso de privatización de la tierra. En Europa, la concepción de la tierra como un bien privado entra en nuestros parámetros culturales. Pero en muchos lugares del mundo no es así, sino que se impone desde nuestra cultura y nuestras instituciones. Los indí-

genas de muchas zonas del planeta no entienden la tierra cómo un producto en propiedad sino que la conciben en usufructo. Son el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), a través de los programas de ajuste estructural, los que están imponiendo que todo metro cuadrado de tierra en el mundo tenga un propietario. Y esto está pasando en Asia, en África, en Suramérica.

Y, tras la privatización, se produce la concentración de la tierra. En este contexto económico, la explotación familiar no se sostiene. Se suele acudir al ejemplo de Brasil pero también lo podemos ver en Europa. En Brasil, el 1% de la población es propietaria del 50% de las zonas agrarias. En Europa, el 80% de los agricultores recibe sólo el 20% de las ayudas; el proceso de concentración es mayor aún en la tierra.

Otra cuestión es la privatización de los recursos genéticos, de la biodiversidad: de las patentes de flores, semillas, fauna. Ha sido una cuestión fundamental en los últimos dos o tres años y lo será en los dos o tres años que vienen. Aquí nos estamos jugando gran parte de nuestra capacidad productiva del futuro. Esta privatización también viene acompañada por la concentración en manos de unas pocas empresas. También se están concentrando los recursos económicos, la capacidad de crédito...

El resultado es que, por ejemplo, hoy en día, cinco empresas ya controlan el 80% de la exportación de los granos básicos, que son el eje alimentario principal en los mercados. Controlan toda la cadena alimentaria, imponiendo no sólo un modo de producción intensivo e industrial, sino imponiendo también un modelo de consumo.

Diversidad de estrategias en el movimiento campesino mundial

Como hemos visto, los movimientos campesinos a nivel internacional somos los que estamos desarrollando más la lucha contra este modelo de política agraria. Está claro el porqué: somos los que más sufrimos su impacto.

Sin embargo, en los últimos quince años y ante esta misma situación, los movimientos campesinos, estamos desarrollando diferentes estrategias.

Hay una estrategia que sale de algunos sectores de los países ganadores, de los que sienten que su capacidad les permite tener competitividad, intervenir en los mercados y ser hegemónicos. Sus organizaciones defienden el marco de la libertad individual, la desaparición de las barreras fronterizas, que se reduzca el área de lo público, etc. Las organizaciones patronales del campo (ASAJA, por ejemplo) necesitan un marco de competitividad.

Hay otra estrategia más compleja. Es la que comprende bien los impactos: la destrucción de la economía local, de las culturas gastronómicas, de la identidad... Es la estrategia de aquellos que entienden que, a través de la importación de alimentos baratos, también se está importando una cultura nueva, una cultura más anónima. Los grupos y personas enmarcados en ella analizan estos impactos pero no proponen nada. Una parte de este bloque son los verdes, que quieren una política agraria más amistosa, más cercana a los ciudadanos (mejorar eso de la calidad alimentaria, un poco de desarrollo rural y hacer la política verde con medidas como las agroambientales); pero sin tocar el eje principal de la política agraria que, como hemos tratado de plantear, son los bajos precios y la orientación a la exportación. Hasta ahora, los verdes no lo han cuestionado, pues supone cuestionar la OMC y todo el modelo neoliberal.

Otra postura que tampoco critica las bases del modelo neoliberal es aquella que se presenta con un discurso muy radical, muy antiamericano, y a la vez defiende competir en el mercado de una manera muy agresiva y defenderse de terceros países con protecciones. Un ejemplo es lo ocurrido en El Ejido y Algeciras, donde primero hubo unos ataques contra la importación de tomates de Marruecos, se quemaron algunos camiones y se cerraron las fronteras, y al cabo de un mes, se produjo el estallido xenófobo contra inmigrantes magrebíes. Es decir, por un lado un sentido proteccionista contra el que viene de fuera y por otro lado, para ser más competitivos y agresivos en el mercado, defienden que nosotros seamos tanto o más agresivos. Este fenómeno se repite en otras partes del mundo.

Finalmente, hay una tercera estrategia, en la que yo participo, que parte de que es necesario regular el mercado por encima de los criterios

puramente económicos. Afirmar que hay otros criterios que están por encima de los intereses comerciales: ante la dinámica neoliberal, proponemos la soberanía alimentaria. Me quiero detener en esta cuestión porque es la propuesta eje de los movimientos campesinos que, a nivel mundial, planteamos un modelo de desarrollo sostenible.

Vía Campesina y soberanía alimentaria

Como ya he dicho, soy un productor de Vizcaya, y a la vez, soy vocal para Europa Occidental de Vía Campesina, que es un movimiento de lucha y de articulación de las organizaciones campesinas de cuatro continentes, que además cuenta con una organización paritaria de hombres y mujeres.

Está formada por organizaciones nuevas, con una concepción estratégica muy diferente. En Cantabria el 4% de la población es campesina, pero en la India, los campesinos son el 70% de la población. La organización en Karnataka (un estado del sur de la India), tiene doce millones de afiliados, y en Brasil, el Movimiento de los Sin Tierra (MST) es un referente político no sólo para las organizaciones campesinas sino para los movimientos sociales en general.

EEUU y la UE utilizan, desde hace años, el concepto de seguridad alimentaria como un término «ambulancia» para salvar a los hambrientos del Tercer Mundo. Se define como el derecho a tener alimentos suficientes, saludables y adecuados, pero su aplicación deja claro que somos los países ricos los que podemos producir más y más barato.

Desde el año 1996, Vía Campesina propone el concepto de soberanía alimentaria, que está generando esperanza por poder aplicarse a las luchas concretas.

La soberanía alimentaria es un derecho fundamental de los pueblos que, en el marco neoliberal, está siendo destruido de forma clara. Es además, un requisito previo para la seguridad alimentaria, pues aporta el derecho básico de poder acceder a los procesos de producción, de poder producir alimentos para nuestra propia ciudadanía, y el derecho

a decidir qué es lo que consumimos y comemos. Os dejo un par de ejemplos, nada más, para que comprendáis cómo, ahora mismo, todo esto está en cuestionamiento: según la OMC, Europa no tiene derecho a prohibir la importación de la carne hormonada, porque entiende que eso es competencia desleal; por otro lado, EEUU niega al consumidor el derecho a reconocer los productos transgénicos, por ser otro elemento de competencia desleal.

Partiendo de que los alimentos son algo más que productos, considerando que son elementos importantes de las culturas, definimos la soberanía alimentaria como el derecho de cada pueblo a definir sus propias políticas agropecuarias y alimenticias. Tenemos el derecho de proteger nuestros alimentos, como podemos proteger nuestra salud, nuestra educación o nuestras políticas públicas.

La soberanía alimentaria se concreta, además de en el marco político, en la capacidad de producir a nivel local, es decir, en el acceso de los campesinos a los recursos productivos locales. Y es que, como decía antes, los alimentos no son globales sino locales: del 100% que producimos, el 90% se consume en las propias regiones y sólo el 10% se exporta. Aún más clarificador es que, del 10% que se exporta, más del 70% son productos excedentarios de EEUU y de Europa: cereal, leche, carne... El resto son productos esencialmente orientados a la exportación: productos tropicales, aceite, vino...

El tercer eje de la soberanía alimentaria es el de la democratización. Ante la pérdida de poder para intervenir en las políticas agrarias y en las políticas de consumo, tenemos que convencernos de ser protagonistas de las políticas agrarias y alimentarias: debemos participar en esos procesos con capacidad de decisión.

Pero tenemos que concretar y definir más. Por un lado, el consumidor debe tener precaución. En el comercio internacional se debe prohibir el *dumping*. Hay que priorizar la producción y el consumo locales, frente a la producción industrializada, intensiva y orientada a la exportación. Hay que prohibir la biopiratería, es decir, las patentes de seres vivos. Y hay que terminar con la represión que está creciendo contra los pueblos campesinos e indígenas en todo el mundo.

Momento actual

En estos momentos, la OMC está a punto de comenzar una nueva ronda de liberalización de los mercados alimentarios y los servicios y nosotros estamos pidiendo que no se desarrollen estas negociaciones. Además, en Seattle, hubo muchas complicaciones entre los estados para liberalizar. Cada vez está más claro que las políticas agrarias y comerciales de la UE y EEUU son destructoras, y el resto de países están reaccionando contra estas políticas.

Desde la Vía Campesina, proponemos eliminar el cupo de 5% de productos que tienen que estar en el mercado internacional. También exigimos que evaluemos exhaustivamente los efectos del proceso de liberalización, concretamente en relación a la destrucción de toda la economía local. Finalmente, y puesto que los alimentos no son sólo un bien económico, creemos que no se debe decidir sobre ellos desde la OMC, sino en otros foros, como las Naciones Unidas u otros marcos alternativos.

Y quiero dejar claro que este ideario no es un ideario imposible. Cada vez más estados están incorporando elementos de la soberanía alimentaria a sus políticas nacionales, y los impactos de estas políticas son crecientemente denunciados. Además, es claro que la sociedad civil (ONG's, movimientos sociales...) está desarrollando protestas concretas. Sin embargo, esta sociedad civil ha de estar alerta. Después de los atentados del 11-9-2001, EEUU va a intentar aprovechar las simpatías para acelerar el proceso de liberalización, y el argumento más rentabilizado será, seguramente, que a través del comercio se consigue más equidad, justicia y paz. Como hemos visto, la realidad es totalmente contraria: las reglas del juego están claramente trucadas y hechas para que haya unos ganadores y unos perdedores.

Nosotros estamos desarrollando la idea de que, frente a las conferencias internacionales, hay que desarrollar las iniciativas locales y las propuestas alternativas. La FAO, por ejemplo, creemos que es un marco bastante más propicio para desarrollar este tipo de estrategias, y tenemos esperanza en que toda la crisis alimentaria tenga un espacio mucho más importante para desarrollar todas nuestras propuestas.

Y más cerca de nosotros, se quiere presentar la nueva Política Agraria Comunitaria (PAC) para el año 2006, y el debate ya ha comenzado. Es importante que se reconozca la importancia para todo el mundo del rol de nuestra política agraria, de los alimentos seguros, del empleo rural, y de la relación entre lo rural y lo agrario. Lo que se decida en Europa depende de nosotros.